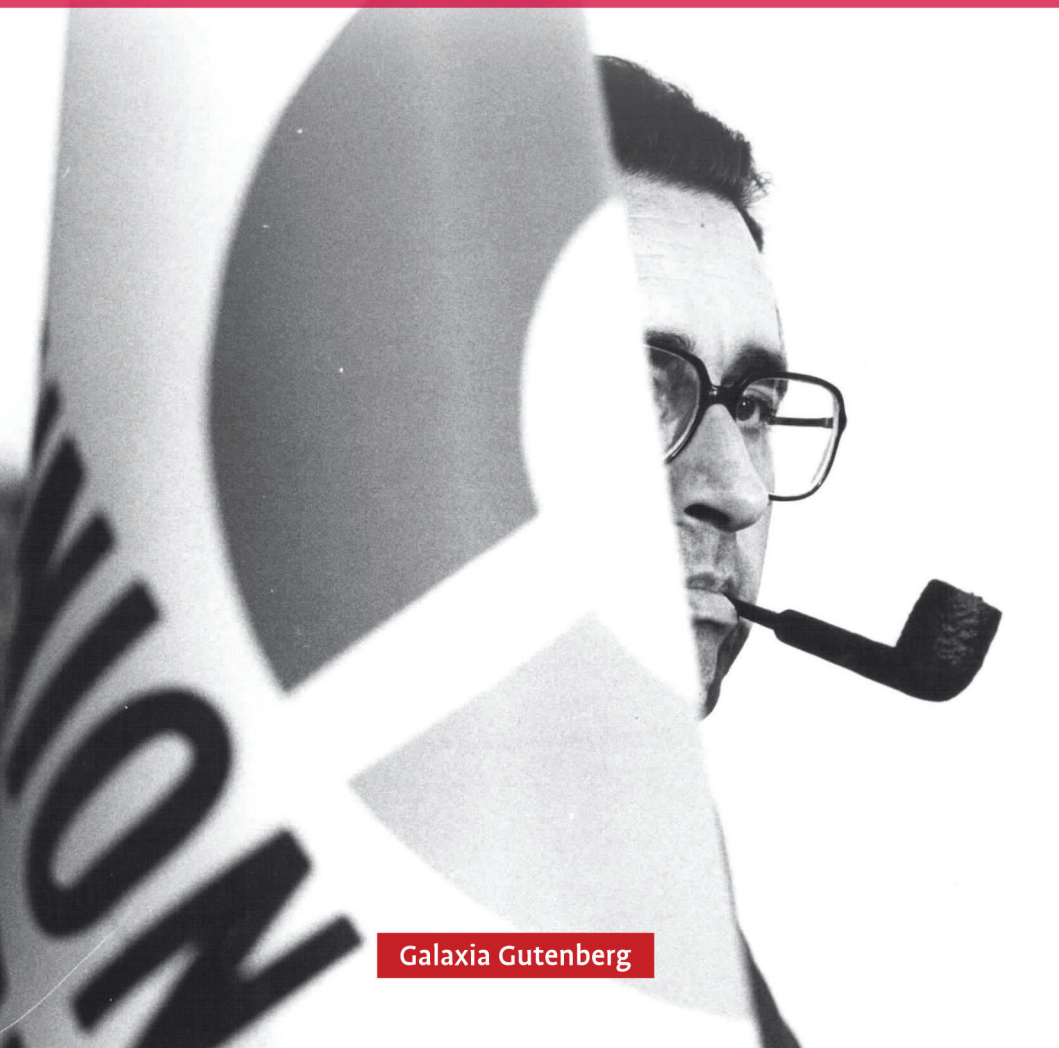
Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona

Memorial de transiciones (1939 -1978)

La generación de 1978



Galaxia Gutenberg

Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona

Memorial de transiciones (1939-1978)

La generación de 1978

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: mayo 2015

© Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: DL B 7924-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-99-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la memoria de mis padres, Antonio Ortega Lopo (1908-1969)
y María Dolores Díaz-Ambrona Moreno (1911-2011);
A Isabel, que padeció buena parte de lo narrado,
y a nuestros hijos, Antonio, Javier, Jaime, Juan, María e Isabel.
A nuestros nietos, Naoto, Niccolò, Elena, Darío,
Giulia, Inés, Óscar, Lola y Marina;
y a quienes aún vinieren, para que puedan leerlo,
avanzado el siglo XXI.

Dedico este *Memorial de transiciones,*
en recuerdo y homenaje a la *generación del 78*

Índice

A modo de explicación de este memorial 19
Transición y transiciones. Del tránsito a la democracia 21
Incertidumbres de la Transición 24
El protagonismo de una generación 27
El enigma de la democracia cristiana.
Una transición vivida 29

I
1939-1959.
EL CAUDILLISMO EN LA ESPAÑA IMPERIAL Y SUS TRANSICIONES

1. Raíces familiares y las sombras siniestras de una guerra 35
Raíces extremeñas. El abuelo Juan, muerto a tiros.
La guerra civil en Badajoz. 36
Mis padres. La guerra en Madrid 41
En el Servicio de Información. Antonio Bouthelier
y Manolo Guti, el artillero 44
2. Imágenes y recuerdos de postguerra 51
La España devastada 52
El Madrid del hambre 54
Niños de la postguerra 56
Franco, religión y patria 59
3. Del colegio y otros apegos 67
En el colegio del Pilar de Madrid 67
Nacionalcatolicismo 69
Pluralismo pilarista 75
El hábito de lectura 78
Los Molinos y la sierra de Guadarrama 80
4. La etapa universitaria. El movimiento estudiantil. 83

La protesta de 1956 y la nueva Facultad de Derecho en la Ciudad Universitaria 86
Contra el SEU 91
La lucha por la representatividad. Justo de la Cueva y Gabriel Tortella 93
Nuestra primera huelga. Aparece Fraga 95
5. Una generación, llamada del 56 99
Martín Villa, Gutiérrez Reñón, Ortí Bordás, Barrionuevo y Pascual Encuentra 100
Gómez Llorente, Peces-Barba y Luis María Anson. Revistas estudiantiles 103
Delegados de Facultad. Mi Delegación 107
Creciente conciencia generacional. Pérez-Llorca, Alzaga, Gámir y Maravall 109
6. Don Juan Carlos en la Universidad y otros sucesos universitarios. . 115
Una recepción al príncipe Juan Carlos poco protocolaria 117
La Fiesta del Rollo 119
Debate sobre el Estudio General de Navarra 123
Federico Silva Muñoz 126
7. Balance universitario. En el Ateneo de Madrid 131
Mis recuerdos de las facultades universitarias (1956-1962) 131
Gil de Fagoaga, Market y la fascinación por Aranguren 134
El Ateneo de Madrid y sus consecuencias. Opositores al Régimen y a notarías 137
8. Del casticismo español al europeísmo 147
España contra Europa. Superioridad de lo español. Mimetismo y casticismo 147
Inglaterra, país diferente: tradición y democracia 153
La quimera de Europa. El Tratado de Roma de 1957 157
El europeísmo de la generación joven 160

II

1960-1969.

LAS TRANSICIONES EN LA ÉPOCA DEL DESARROLLISMO

9. Los sesenta: transiciones e instalación 165
Los tecnócratas, la Comunidad Europea y el Contubernio de Múnich 165

La Ley Orgánica del Estado (LOE) y el referéndum de 1966 168
El semanario *España Económica*.
Los «sucesos del 68». Una generación en red 171
Ejercicio de la abogacía. Entro en el despacho
de García de Enterría 175
10. Conociendo Europa..... 181
Más sobre Inglaterra. The City of London College 181
Europeísmo desde Francia: Toulouse y la Fundación
Europea de la Cultura 185
París y la Francia rural del Ariège.
Gerardo Diego y mi familia francesa..... 187
Mi experiencia alemana 192
11. Aprender enseñando 197
Filósofo del Derecho. Seminarios de Legaz y de Aranguren.
Javier Muguerza..... 197
Nuevos horizontes. Las Convivencias de filósofos jóvenes 202
Valores y Filosofía del Lenguaje 205
La Facultad de Políticas y Económicas.
El movimiento de los penenes y el 68 207
En busca del vellocino de la validez y objetividad social 209
12. En el Consejo de Estado..... 213
Oposiciones al Consejo. Landelino Lavilla
y José Manuel Romay 213
Enrique Tierno Galván 215
Letrados en el tribunal: Antonio Pérez, Eugenio
Vegas y el marqués de Valdeiglesias 217
El Consejo de Estado, microclima. Construcción de un Estado
de Derecho 219
El caso de Amando de Miguel y su cátedra de Sociología 223
Otros letrados de entonces: Jaime Guasp, Luis Díez del Corral,
Fausto Gella 226
13. En torno a la democracia cristiana 229
La democracia cristiana y la construcción de Europa 229
La situación en España: las dos almas de la democracia
cristiana 232
La DC de «oposición» al franquismo: El «Equipo»,
Gil-Robles y Ruiz-Giménez 235
Católicos colaboracionistas y evolucionistas.
La ACNDP y Martín-Artajo 240

14. Democristianos en transición 245
El diario *Ya* y Joaquín Ruiz-Giménez 245
Los democristianos del «Equipo». Fernando Álvarez de Miranda, Íñigo Cavero y otros 250
Constitución notarial de Izquierda Democrática y otros democristianos de nota 253
Discusión y Convivencia. Esquema para una salida pacífica al Régimen 257
15. *Cuadernos para el Diálogo* y el Club Jovellanos 261
Joaquín Ruiz-Giménez: los diálogos en *Cuadernos* 262
Evolución de *Cuadernos*: del aperturismo al socialismo, pasando por la DC 265
El Club Jovellanos 272
16. La encrucijada de 1969 277
Pintan bastos: el estado de excepción de 1969 277
Mi encrucijada personal: la muerte de mi padre 283
El Club Siglo XXI. La crisis del 69 en el otoño del patriarca. ¿Todo atado? 289

III

1970-1974.

LA PRE-TRANSICIÓN O TARDOFRANQUISMO Y SUS ATADURAS: INMOVILISMO Y APERTURISMO

17. Desatando el futuro. Los comienzos del Grupo *Tácito* 295
Aperturismo e inmovilismo. Las huelgas 296
La protesta de los abogados. El Congreso de León. El Tribunal de Orden Público 297
Más inquietudes: curas jóvenes, coloquios y libros «aperturistas» . . . 301
El invento del Grupo *Tácito* 303
¿Por qué *Tácito*? 307
La labor de redacción de artículos periodísticos 309
18. Desarrollo del Grupo *Tácito*, asesinato de Carrero Blanco y aperturismo del 12 de febrero 311
Las laboriosas «Líneas definitorias» de *Tácito* 311
El atentado contra Carrero Blanco 314
Arias Navarro, presidente del Gobierno. El «espíritu» del 12 de febrero 316

La enfermedad de Franco y la interinidad de don Juan Carlos ... 321
El «asunto Añoveros» ... 323
19. Variaciones y sobresaltos inmovilistas. El Sáhara ... 327
La posición de los «inmovilistas» o «el Búnker» ... 327
La Revolución de los Claveles en Portugal ... 330
El «Gironazo» ... 331
El proyecto sobre incompatibilidades y la ley electoral ... 333
El asunto del Sáhara ... 335
20. Asociaciones políticas. Junta Democrática y «Búnker».
Mi dimisión ... 343
El proyecto de asociaciones políticas: «desunificación» o pluralismo ... 343
Aparece la Junta Democrática ... 347
Franco «se cura», Arias Navarro se enfada y los aperturistas se van ... 351
Mi dimisión ... 354
21. La política en tiempos inciertos: continuismo o cambio democrático ... 359
El principio de la «sopa de letras» ... 359
La comida del Hotel Ifa y el escrito de «los quinientos» ... 361
Por una democracia cristiana centrista ... 363
Tácito: «Un príncipe leal y un pueblo libre» ... 364
El libro de *Tácito* ... 366
Mi conferencia en el Club Siglo XXI: «¿Es posible la evolución democrática?» ... 367
Adolfo Suárez encabeza la UDPE. Otros sectores «asociacionistas» ... 370
La reunión de Bruselas de enero de 1975 ... 372
22. Dos inventos para la Transición: centrismo y reformismo ... 375
En torno al centrismo ... 375
Tácito y las asociaciones. La Asamblea del 25 de enero de 1975 ... 381
Contactos exploratorios: Fraga, Tarancón, Gil-Robles y el PSOE ... 384
23. Cambio en la sociedad y fracaso de las asociaciones del Movimiento ... 391
Cambio en el papel de la mujer y otros cambios. 1975, Año de la Mujer ... 392
Las reuniones de Izquierda Democrática. La sesión plenaria del 23 de febrero de 1975 ... 396

Mi conferencia en el Club Mundo de Barcelona 401
Presentaciones del libro de *Tácito* 402
FEDISA 404
24. Socialistas y democristianos 407
El joven Felipe y su ascensión de
la mano del marxismo revolucionario 411
El revés de los democristianos: razones y sinrazones
de discordia 415
Puntos de discordia: ruptura y federalismo 417
Intentos fallidos de aproximación
entre democristianos 420

IV
1975-1976.
LA SUCESIÓN DE FRANCO: ¿REFORMA O RUPTURA?

25. Entre las embajadas y el Juzgado de Orden Público 425
El informe Reale. La CIA y el KGB 425
El papel de la Embajada italiana y de las fundaciones
alemanas 427
La Embajada de Estados Unidos 428
Mi viaje a Estados Unidos 431
Los franceses 434
Tácito ante el juez de Orden Público Gómez Chaparro 435
26. 1975: En torno a la muerte de Franco 441
Atentados, consejos sumarísimos y penas capitales:
el viejo tinglado 441
Manifestaciones de adhesión, *Te Deum* y otros numantinismos . . 442
Franco sufre un infarto agudo y se acerca el final 444
El hecho político de la muerte de Franco. Un mito se disuelve. . . . 445
¿Cómo era Franco? 450
«¡Españoles! ¡Franco ha muerto!» 453
27. El dilema «reforma» o «ruptura» desde la Editorial Católica,
Tácito y el «Equipo» 457
Las dos *almas* de la Editorial Católica. Mi dimisión 458
Asamblea de *Tácito* del 11 de enero de 1976:
por el reformismo al centro político 467
La posición del Equipo democristiano 470

28. Fracasa la unión de los democristianos.
Izquierda Democrática y el Congreso de El Escorial 473
El «ala autónoma» de ID: Nueva convergencia DC 474
La cuestión de Coordinación Democrática 476
Congreso de ID en El Escorial 478
Los democristianos, separados. Razones aparentes de la separación 484
29. El centrismo y el sueño de una tercera España 489
La inviabilidad real en España de una gran democracia cristiana unida y centrada 489
El sueño del centrismo. El péndulo y el embudo. La «tercera España» 492
La Unión Electoral para la Democracia 500
30. El primer Partido Popular: una opción centrista y reformista 505
La idea y fundación del primer Partido Popular 506
El primer Gobierno Suárez y la génesis del primer PP 511
Últimos encajes. Mi visita a Von Hassel y al Equipo DC en San Sebastián 512
El fichaje de Areilza. Presentación pública del PP 517
31. El primer Partido Popular y su Congreso:
Pío Cabanillas frente a José María de Areilza 521
El primer PP hacia el Centro Democrático 521
Los partidos populares regionales 525
El Congreso fundacional del PP. La competencia entre Pío Cabanillas y José María de Areilza 527
La organización del PP: Pérez-Llorca hace una aportación política innovadora 532
32. Del Partido Popular al Centro Democrático:
liberales, socialdemócratas y democristianos 537
La ideas del primer PP. Discursos de Pío Cabanillas y José María de Areilza 537
Los tres círculos: nacimiento del Centro Democrático 540
El Centro, el Gobierno y la oposición democrática 541
Los liberales: Garrigues, Fontán y otros 544
Los socialdemócratas. Francisco Fernández Ordóñez. Rafael Arias-Salgado 546

V
1977-1978.
LA GRAN TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA Y LA GENERACIÓN DE 1978

33. Adolfo Suárez, líder centrista de la Transición 555
El joven Adolfo Suárez, hombre del Movimiento Nacional 555
La lucha por la Presidencia del Gobierno entre Fraga y Suárez 559
Adolfo Suárez, presidente del Gobierno en la Transición 564
Un Gobierno de «penenes» aborda la gran Transición 567
34. El liderazgo en la izquierda: Felipe González 571
El joven Felipe González hacia la conquista del PSOE 571
El XXVII Congreso del PSOE, la transición al socialismo y la «ruptura» 574
El cambio del PSOE y los socialdemócratas alemanes 579
Rivalidad entre el PSOE y el PCE 580
35. Caen dos tabúes del franquismo. 585
Los Principios del Movimiento ya son mutables: la Ley para la Reforma Política 586
El referéndum para la reforma política y su circunstancia 589
Cae el segundo tabú: los comunistas entran en la legalidad 592
36. Ante las elecciones democráticas de 1977 601
La nueva Ley Electoral de 1977, la regla d'Hont y la preparación de las elecciones 601
El «Equipo» decide inmolarse en pro de su «identidad» 603
Fraga y su Federación de Alianza Popular 608
Adolfo Suárez encabeza el Centro Democrático 612
37. Nace Unión de Centro Democrático. Apoteosis de Suárez 617
Las elecciones desde el Ministerio de Justicia 617
La unificación de UCD 619
El Congreso constituyente de UCD, gran ocasión perdida 621
Apoteosis de Suárez 629
38. De los Pactos de la Moncloa a la Amnistía 633
El espíritu de la Transición: concordia y consenso. Pactos de la Moncloa 633
El pacto político-legislativo de la Moncloa 636
La preparación de la Ley de Amnistía 638
La amnistía laboral y la UMD 645

39. Una casa habitable para todos: la Constitución de 1978 649
La Transición como transacción.
Actores y ejes de la discusión constitucional 649
El eje Monarquía/República: un consenso intermedio 652
El eje religioso: los tres consensos: confesional,
concordatario y educativo 653
Tercer eje: el difícil consenso autonómico 657
Nacionalistas vascos y catalanes.
La posición del PNV y de Jordi Pujol 658
Otros consensos y el referéndum constitucional 662
40. La generación del 78 665
La reconciliación biológica de una generación 666
La generación histórica de la Transición democrática 668
La generación del 56, el injerto del 68 y la generación
de la Transición 670
La generación de 1978 o de la Transición 672
Las transiciones sectoriales 676
Epílogo en los umbrales del reinado de Felipe VI 681
La Transición ¿modelo, mito o chivo expiatorio? 682
Conversiones, aversiones y perversiones en la Transición
y después 684
El péndulo ataca de nuevo 687
¿Volver a empezar? 690

Agradecimientos 695
Fuentes 699
Índice onomástico 705

A modo de explicación de este memorial

Memorial, según antigua definición, es libro o cuaderno en que se anota o apunta algo para algún fin. No coincide, por necesidad, con unas memorias. Tampoco es este, en puridad, un libro de «memorias» en general, ni menos una autobiografía. Las memorias –afirma Corpus Barga en *Los pasos contados*– vienen a ser casi lo contrario de la autobiografía. «En la autobiografía –dice– todo se refiere a uno; en las memorias, la autobiografía no es solamente de uno, ni siquiera de uno y de todo lo demás. El quid de las memorias se esconde [...] en cómo funcione o viva la articulación del hombre y lo que sucede.» En este libro he procurado que se perciba lo que yo viví, articulado con los sucesos españoles y hasta europeos a lo largo de casi cuarenta años, entre 1939 y 1978. En él cuento experiencias propias y asuntos públicos compartidos con otras muchas personas. Viene a ser una exposición personal, un memorial, sobre un pasado del que todos estamos hechos y puede servir para conocer mejor el presente en que nos hemos convertido.

Me puse a la tarea en un momento concreto: cuando me prejubilé en Repsol YPF me encontré en una situación para mí bastante insólita, definida por dos circunstancias: de un lado, una estimulante holgura en el uso de mi tiempo, sin los agobios del día a día repsoliano y, de otro, una ya insostenible acumulación de papeles sobre diversas fases de mi vida, que lo invadían todo, me abrumaban y que debía seleccionar, ordenar o eliminar. Entre ellos, había notas y crónicas de mis pretéritas actividades políticas, escritas sobre la marcha en el instante mismo en que se produjeron los hechos, con intenciones diversas, como fijar conductas para futura memoria, argumentar sobre lo que yo pensaba en ciertos momentos (se entendía que era lo acertado, frente a las equivocaciones de los otros) o, en fin, para narrar cómo se produjeron determinados sucesos en los amenes del franquismo y en los albores de la democracia. Una parte de esas narraciones tuvieron, en realidad, su

primera redacción entre 1977 y 1978, fechas en que, según mi creencia de entonces, iba a quedar agotada mi trayectoria pública y que, por paradoja, marcarían el principio de una carrera política en la Administración y en el Gobierno, más intensa y apasionante. Pero el final verdadero se había de producir con las elecciones de octubre de 1982, tras la aplastante victoria de Felipe González sobre Unión de Centro Democrático (UCD). Fue entonces cuando hube de asumir el penoso deber de ejercer la Secretaría General de este partido, clave para nuestra convivencia, pero ya en fase terminal. Quise afrontar con la cabeza alta, junto con otros pocos, un proceso de liquidación ordenada en plena desbandada ante el penoso «sálvese quien pueda» de algunos de mis antiguos compañeros centristas, unos haciendo fiestas a Manuel Fraga y otros tirándole los tejos al Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Sumergido en papeles colmé muchas cajas de mi época de subsecretario, secretario de Estado, dos veces ministro con Adolfo Suárez y una con Leopoldo Calvo-Sotelo, todas llenas de cartas, informes, discursos, recortes de prensa, etc., que con el mejor ánimo volví a husmear.

Ocurrió entonces que la lectura de los viejos papeles no me incitó a su destrucción, ni a su clasificación u ordenación detenida, ni a la entrega a un archivo. Había llegado, sin duda, a esa edad en la que, según André Malraux en sus *Antimemorias*, ha empezado uno a ver la desaparición de sus compañeros en los periódicos y tiende a mirar hacia atrás. Me incliné, pues, a la rememoración, a buscar más datos, a profundizar en documentos aún más antiguos, a descifrar notas, a compulsar fechas, a hablar con testigos de los sucesos o sus próximos, a recolectar, en fin, en libros y periódicos, más vestigios de épocas bastante pretéritas. Es decir, me encontré buceando en la geografía encantada de los recuerdos.

La memoria es algo muy singular. En ella queda impreso –como explica Daniel L. Schacter– cuanto hemos vivido con alguna atención o conciencia, aunque no todo vuelva a aflorar de hecho más adelante. Según sabios neurocirujanos, hasta los sucesos más recónditos de nuestra vida podrían resurgir mediante estimulación eléctrica en el lugar apropiado del cerebro. Pero sin necesidad de electrodos, de modo más natural y placentero, se puede experimentar cómo los recuerdos brotan enracimados. Unos van hilvanados entre sí de modo leve, otros quedan arraigados con fuerza y parecen indestructibles. Algunos aparecen de golpe, otros van formando meandros. Unas veces parecen

avanzar decididos, y otras retroceden, como temerosos de revivir ciertas escenas. Con frecuencia unos acontecimientos tiran de los otros como las cerezas y sólo cobran sentido en los viejos contextos colectivos. En otras ocasiones da la impresión de que forman parte de una gran tela de araña –en imagen de Werner Wolff, autor de la *Introducción a la Psicología* que estudié en la carrera–, pues se nota que cada recuerdo remueve otros muchos en todas direcciones. Los ámbitos vividos tiempo atrás se reconstruyen y renacen. Como sostenía Maurice Halbwachs, los recuerdos quedan ordenados en el marco de referencia de los grupos a los que pertenecimos. Así asoman de nuevo, con luz distinta, los compañeros del colegio, los de la Universidad, las pandillas de amigos, los correligionarios de partido político, los colegas del trabajo, los colaboradores, los rivales, los antagonistas y hasta los jefes. La impronta de cada momento pervive en caras concretas del pasado, en músicas, melodías y canciones, que se perdieron por largo tiempo, en paisajes familiares, viejas películas, noticias de periódicos desaparecidos, giros lingüísticos hoy pasados de moda, en olores y hasta en sabores vinculados a una etapa vital. La vida es transición permanente; y la historia misma, transiciones hilvanadas. Nuestra existencia es *perpetuum mobile*, pulsión incontenible hacia delante, mientras dura. En su curso deja atrás acontecimientos sólo recuperables mediante la imaginación y la rememoración. La vida no va por etapas predefinidas. Las definiciones vienen después a toro pasado, cuando llega el momento de la interpretación y de las ideas.

TRANSICIÓN Y TRANSICIONES. DEL TRÁNSITO A LA DEMOCRACIA

La primera idea que subyace a este libro es ésta: la Transición con mayúscula y por antonomasia, la gran Transición democrática, fue tributaria de un *continuum* de múltiples transiciones previas. Como escribió en alguna ocasión José Ortega y Gasset, «transición es todo en la historia».[1] Unas transiciones fueron de desarrollo y apertura; otras de reforma y cambio. Cada fase tuvo así su nombre propio, definidor y preferente. Experimentamos nosotros todas esas transiciones en el ám-

1. José Ortega y Gasset, «Prólogo a la *Historia de la Filosofía* de Émile Bréhier de 1942» en *Obras Completas*, vol. VI, Madrid, Taurus, 2006, p. 136.

bito de la sociedad y economía españolas, dentro de un contexto europeo e internacional en evolución. Con ellas y en ellas fuimos cambiando, también, nosotros mismos. Y quedaron allí, aisladas en nuestro recuerdo, a la espera de ser reconstruidas en sus contextos sucesivos o «desfragmentadas», como se dice en el argot de los ordenadores.

Este libro es, en esencia, un memorial de esas mudanzas o transiciones en sentido amplio. De las experimentadas por quien lo escribió, pero también por la sociedad y la generación a la que perteneció y aún pertenece. El autor de estas líneas y su generación vivió la mitad de su existencia bajo el franquismo, y otro tanto, más o menos, en democracia. En más de un aspecto lo blanco se vino a convertir en negro y viceversa, ante sus ojos. Este contraste supuso para nosotros una singular experiencia. En realidad, pertenecimos a dos mundos antagónicos. Y por ello fuimos sensibles no sólo a las obvias diferencias entre ellos, sino también a algo más sutil, cual es el proceso de evolución y hasta las líneas de continuidad –que las hay– entre una etapa y otra. Durante media vida nuestra, «el Régimen» –que así se denominaba entonces y así lo seguiré llamando muchas veces–[2] se manifestaba con un oficialismo dominante y abrumador en loas, alabanzas y coba fina al *Invicto*, con sus entusiastas franquistas detrás, inasequibles al desaliento; ese mismo Franco que, también de forma indiscutible, se juzgó después prototipo del dictador (¿no lo era antes?) y al que había que borrar de las calles y avenidas –las del Generalísimo–, eliminar sus efigies y estatuas, anular sus múltiples declaraciones –municipales o provinciales– de hijo predilecto o adoptivo muy querido. Todo ello por haber sido el responsable del periodo más negro de nuestra historia. Responsable, por lo demás, casi único, porque en el ínterin se había esfumado la pléyade interminable de esforzados franquistas: nadie se había desgañitado al grito de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», nadie había levantado el brazo al estilo fascista. Nadie había bailado el agua a los antiguos gerifaltes, ¡qué sorpresa!

La narración histórica suele sufrir el acoso de un cierto presentismo algo camaleónico. Desde el presente se tiende a rehacer el pasado se-

2. También se leerán en mi narración nombres o apellidos, tal como se usaron en cada momento, no coincidentes con los actualmente en vigor; tal ocurre con los que se han catalanizado, euskaldunizado y galleguizado. Así aparecerá Juan y no Joan o Jon; Julián y no Julen; José y no Josep, y tantos otros, incluidos los de provincias o lugares. Nadie se extrañe de que desde un principio escriba Jordi Pujol, porque así le conocí.

gún los colores del momento. De repente parece como si nuestros ojos nos hubieran traicionado y sumido en espejismos y alucinaciones. Y reelaboramos una nueva *verdad* más soportable y ajustada a nuestras creencias y necesidades actuales. Descubrimos, por ejemplo, que todos, quien más, quien menos, habíamos sido «antifranquistas reprimidos», encarcelados, represaliados, exilados, perseguidos o, al menos, bien contrarios al Régimen franquista desde el fondo más recóndito de nuestro corazón, bien lo sabe Dios, claro que sí. A partir de un cierto momento empezó a resultar de pésimo gusto recordar lo pasado, lo que se decía en los terribles años de guerra, en los difíciles cuarenta o hasta en los cincuenta y primeros sesenta, que marcaron el despegue de la situación. Si uno descubre en los periódicos de la época alabanzas superlativas a Franco, que estremecen, sonrojan y hasta producen alguna náusea, en boca de… futuros «antifranquistas», luego republicanos de toda la vida, gente de talante progresista o simplemente demócrata, resulta muy indelicado traerlas a colación, dados los momentos especiales que entonces corrían o la juventud e inexperiencia que en aquel tiempo tenían los dicentes.

No ha sido esta una experiencia exclusiva de España. Situaciones parecidas se produjeron en otros países europeos tras la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, la digestión del colaboracionismo y el petainismo de Vichy en Francia, o del fascismo en Italia y, por supuesto, del nazismo en Alemania, plantearon problemas y contrastes algo parecidos. Pero tampoco se eliminaron del todo. Recordemos la incomodidad que produjo descubrir que el antiguo secretario general de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y luego presidente de Austria, el atildado Kurt Waldheim había colaborado en su juventud con los nazis. O cuando en el verano de 2006 se conoció que Günter Grass, premio Nobel de Literatura, autor de *El tambor de hojalata*, conciencia crítica de los alemanes contra Adolf Hitler y contra la obsesionante herencia del nazismo, socialdemócrata con Willy Brandt, etc., había pertenecido él mismo en su juventud a las Waffen SS hitlerianas.[3] El escándalo fue mayúsculo,

3. Günter Grass tenía a gala decir sin tapujos lo que estaba bien o mal, con independencia del tiempo transcurrido y le gustaba hablar *urbi et orbi*. En una entrevista en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* con ocasión de su autobiografía *Beim Haüten der Zwiebel* (*Pelando la cebolla*), confiesa que el recuerdo le atormentaba. Se presentó voluntario a las Waffen SS porque quería irse de casa lo antes posible. Para él, entonces, las Waffen SS no tenían nada de terrorífico. Eran unida-

porque Grass se preciaba de desenmascarar la faz oculta de la historia y fustigar las actitudes «criptonazis» de algunos de sus compatriotas. Así había arremetido contra políticos de Unión Demócrata Cristiana de Alemania y Unión Social Cristiana (CDU/CSU) con antecedentes nacionalsocialistas, por ejemplo Kurt G. Kiesinger, el efímero canciller suabo arquitecto de la primera gran coalición. O sea, que Grass parecía pertenecer a esos insobornables que siempre tienen razón, van con la (su) verdad por delante y advierten que te van a hablar con toda sinceridad… A mí ese tipo de personaje infalible siempre, seguro de estar en la verdad –*cock-sure,* que dicen los ingleses– me suele producir cierta inquietud y algún tedio. Yo prefiero inclinarme más bien a un moderado relativismo e ironía como la que se desprende del verso machadiano, que se puede leer en *A orillas del Duero*:

> Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
> cambian la mar, el monte y el ojo que los mira.

En todo caso esta singular experiencia de la cambiante situación política española la compartió el autor con su generación, incluidos algunos protagonistas señalados a quienes conoció, trató de cerca y se atreve a retratar en este libro, según su personal percepción, nunca con trazo muy airado. Tuvo además participación activa en la preparación de la Transición, un periodo que reinsertó a España en el curso principal de la historia europea y que produjo, tras elecciones democráticas, la Constitución de 1978.

INCERTIDUMBRES DE LA TRANSICIÓN

Con el tiempo la Transición se ha convertido en acontecimiento lejano, enseñado en universidades, en cursos de verano, presente en los libros de historia y narrado en series televisivas de éxito del tipo *Cuéntame*

---

des de élite que mandaban a misiones peligrosas y tenían muchas bajas. Su fidelidad al Führer era una de las características de estas unidades. Argumentó que tenía unos quince años cuando lo pidió (en realidad dieciséis) y que no le admitieron porque no había plazas. Luego le llamaron cuando tenía diecisiete años y entró. Sirvió en la SS Panzer Division Frundsberg. Al final le hicieron prisionero los norteamericanos. Al principio no le dio vergüenza entrar en las SS. Luego sí.

cómo pasó. La Transición se vino a contemplar como un proceso dado, fijo y determinado tal como aconteció, como si no hubiera podido acaecer de otra manera; como si respondiera a una hoja de ruta –expresión tan común hoy– o a una larga marcha bien trazada desde el principio. Así pueden concebirla las nuevas generaciones, sin caer en la cuenta de que el proceso se inició con pie incierto y se desarrolló con mil vacilaciones y tanteos entre grandes incertidumbres, salvando encrucijadas sin señalización. Salió como salió porque otras alternativas no cuajaron debido a circunstancias, a veces, bastante fortuitas. Es erróneo descartar en ella un elemento aleatorio, de pasos casuales, de *serendipia*, o sea, de chiripa y carambolas varias.

Para el postfranquismo hubo proyectos de todo tipo: de un lado, los *continuistas* a base de represión policial, defensa del Régimen con uñas y dientes, consejos de guerra, ejecuciones de penas capitales, entusiastas manifestaciones en la plaza de Oriente de Madrid, o utilizando pseudoreformas tendentes a convertir el Movimiento Nacional, concepto político difícil de entender hoy, en un perenne Partido Revolucionario Institucional (PRI, también endemismo hispánico, muy cultivado otrora en México); de otro lado estuvieron los *rupturistas* vía golpe militar democratizador, como pudo haber sido Unión Militar Democrática (UMD), con el modelo de la Revolución portuguesa de los Claveles o mediante levantamientos populares en todo el país, como el alzamiento del pueblo contra Napoleón, que hervía en algunas mentes de la Junta Democrática, con sus instancias unitarias autoconvocadas, ejercicio inmediato del derecho de autodeterminación de nacionalidades y regiones, referéndum previo sobre monarquía-república y gobierno provisional. Al final salió otra cosa.

Con este memorial personal y generacional[4] de transiciones se podrá entender mejor cómo resultó la Transición con mezcla de esos dos elementos, el azar y el hado –*casus* y *fatum* de los antiguos–, siempre

4. Paloma Aguilar escribió en *Políticas de la memoria y memorias de la política* (Madrid, Alianza, 2008, p. 34), que las memorias de los acontecimientos políticos importantes «están estructuradas por la edad» (p. 31); y que en la Transición, sin entrar en quién fuera el responsable de la guerra, de las causas de la violencia o de qué violencia fue más reprobable, «muchos españoles prefirieron alejar de su mente ese brutal episodio» con «un único objetivo: nunca más consentir una nueva contienda fratricida, lo que implicaba renuncias, cesiones y compromisos por parte de todos».

presentes en la historia. Lo que llamo gran Transición o Transición democrática, por antonomasia, fue fruto de múltiples mini-transiciones previas y encadenadas de contingencias sobre un fondo de necesidad histórica. Quien leyere este libro podrá hacerse más cabal idea de cómo maduró la idea de *transición*; de cómo experimentamos todos nosotros nuestras particulares transiciones; de cuántos escenarios y políticas quedaron en la cuneta de la historia, en el limbo de las posibilidades frustradas o en indescifrables futuribles. Después han aparecido gentes muy sagaces descubridoras de cómo debiera haberse hecho, en realidad, una *buena* transición. Algunos son historiadores encantados de ejercer como jueces suplentes del valle de Josafat. Leen, juzgan, escriben y publican desde su recoleto seminario universitario y van poniendo las cosas en su sitio. Aquí demuestran que la Transición fue un mito, allí ponen el dedo en la llaga y descubren –felices– su particular mediterráneo. Con admirable lucidez identifican a clavo pasado los errores que cometimos, según su propio caletre. ¡Qué pena no haber contado con ellos desde un principio en la Transición! ¡Lástima que no la hubieran hecho ellos! ¡Cuántos «errores» nos habríamos ahorrado! O quizá no. Lo siento en todo caso por ellos mismos, que se perdieron una experiencia promisoria, una alta ocasión única en el siglo xx, puerta de acceso a 36 años largos de democracia.

Debo reconocer que al hilo de estas experiencias he dado vueltas a preguntas que hace tiempo me persiguen y que son de difícil contestación. ¿Cómo nacen y evolucionan las ideas políticas de una persona? ¿En virtud de qué mecanismos llegamos a apropiarnos de ciertos valores y los defendemos, mientras que otros nos parecen inadmisibles y los rechazamos? Para el marxismo, tan dominante en la intelectualidad europea de los sesenta, la influencia de factores económicos o la pertenencia a una clase social jugaban el papel decisivo, al menos en última instancia. Sea o no así, para responder a esos interrogantes hay que rastrear también mucho en la biografía personal de cada uno, en su ámbito familiar, en la educación recibida, en los primeros contactos con la realidad, los primeros apegos y, por supuesto, en su personalidad y carácter.[5]

5. José María Maravall, al estudiar la «socialización política» de los dirigentes izquierdistas del movimiento estudiantil de oposición, menciona como factores relevantes las experiencias familiares y las experiencias adolescentes. En estas últimas se fija en el «tipo de colegio» a que asistió, a la religiosidad, a las lecturas y a

Este libro muestra un itinerario personal que puede tener algún valor explicativo; una ruta entre otras muchas muy diversas porque cada cual respondió a sus propias circunstancias. En ellas (y en este memorial) se entremezclan cuestiones de verdad y de creencia, de historia y de mito; de memoria y olvido. Mis circunstancias, narradas en el libro, son muy distintas a las de otros integrantes de mi generación. Lo sé de sobra. Pero todas resultan verdaderas si se cuentan con honestidad. Yo procuro narrar las mías y mostrar (en parte) esas tres A, que tanto aclaran el perfil biográfico o la urdimbre identitaria de una persona: apegos, arrimos y afinidades. Éstas que muestro aquí responden a «mi» verdad. Hay muchos criterios de verdad. Hoy predomina el de comprobación y experimentación de los hechos. Es el reconocido en el campo de la ciencia. Pero no ha sido el único. La verdad ha tenido desde muy antiguo otros referentes menos racionales, vinculados a la confianza, la autenticidad, el desvelamiento y hasta a la fe. En los sucesos sociales la cuestión se complica más aún porque se mezclan hechos y valoraciones en contextos cambiantes y entrecruzados. Tampoco cabe en este campo experimentar, ni repetir el pasado, como cuando la escena en un ensayo sale mal, salvo con la imaginación. De eso se prevalen los deslumbrantes futurólogos del pasado.

Lo que he escrito se refiere a sucesos y a ambientes irrepetibles –como lo son todos, por cierto– presentes en España a lo largo de casi cuarenta años: los que van desde 1939 a 1978. He puesto en 1978 punto final para no alargarme en exceso, no porque las «transiciones» no hayan continuado. 1978 marca un hito en nuestra historia. Fueron años vividos de modo muy intenso por mí y por otros integrantes de esa generación, que quisiera llamar *del 78*.

EL PROTAGONISMO DE UNA GENERACIÓN

Es esta una segunda idea que alienta las líneas que siguen: la Transición se hizo posible –sobre todo y en última instancia– por el protagonismo de toda una generación. Su actitud final fue fruto y compendio de esos «miniconflictos generacionales», algunos de los cuales serán

---

los viajes al extranjero. Vid. José María Maravall, *Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978, pp. 189 a 224.

presentados en este memorial. Fue la generación de 1978 quien tomó conciencia común de la situación que le tocó vivir y quiso cambiarla. Decía Giambattista Vico que el hombre sólo puede entender bien las cosas que él mismo hizo y que la regla de verdad en el mundo histórico es «haberlo hecho». Si fuera así, mi generación podrá entender mejor como verdaderos esos acaecimientos que surgieron a lo largo de mi existencia. Pero quizá interesen también a quienes nacieron a partir del último tercio del siglo XX, que han recibido una versión de aquellos años ya remotos muy tributaria de estereotipos del presente. En obsequio a ellos, me he inclinado a introducir algunas explicaciones que sobrarían para las gentes que ronden mi edad y no digamos para los historiadores. Confío que también a éstos les pueda servir de alguna utilidad mi relato en el que aporto algunos datos y testimonios menos conocidos o sólo intuidos hasta ahora. O acaso, por el modo de relacionar los hechos relevantes que evoco en estas páginas. Memoria e historia riman, pero no siempre coinciden. Cada una tiene su propio campo, su función y su peculiar perspectiva. Recuerdo la insistencia con que mi buen amigo, ya desaparecido, el historiador Javier Tusell, me urgía desde los primeros años ochenta a la publicación de lo que denominaba «mis memorias». Tarea a la que yo no podía atender, por falta de tiempo y de ganas. Sólo di algunos fragmentos a la imprenta, o a quienes preparaban su tesis o a historiadores que tomaban notas para sus libros. En todo caso, no he pretendido, ni de lejos, interferir ni hacer la competencia a los profesionales de la Historia. A ellos corresponde periodizar los casi cuarenta años de franquismo, con sus caracteres propios.

Las fases que se desprenden de la división en grandes apartados de este memorial tienen que ver algo con el proceso general del Régimen, pero sobre todo con mi peripecia vital. Esos apartados van enfocando de modo progresivo un periodo cada vez más corto de tiempo, pero con mayor detalle en los sucesos. El primero, sobre el primer franquismo y la «España Imperial», abarca aproximadamente veinte años (1939-1959), que son los de mi infancia y primera juventud; el segundo se refiere a la década del desarrollismo, la de los sesenta, que fue esencial para España y, desde luego, para el autor de este libro; el tercer apartado gira en torno a acontecimientos que apuntaron una «pretransición», es decir, los cinco primeros años de los setenta, con el fracasado «espíritu del 12 de febrero» de 1974. A partir de aquí, el ritmo de la exposición se torna más pausado y se atiende con mayor porme-

nor a personas y circunstancias. A esta nueva fase pertenece lo referente a «la hora de la sucesión», en torno al año 1975, fecha de la muerte de Franco, y a 1976, para finalmente tratar de la gran Transición democrática en los dos últimos apartados, referidos a los años 1977 y 1978. Ni que decir tiene que todos los años mencionados, que deslindan las partes principales de este memorial, han de tomarse sólo como pura referencia aproximada y flexible, porque lo que manda es el hilo del relato.Toca a los historiadores, como he dicho, cribar todo ello, fases, interpretaciones y datos, incluidos los que yo aporto, encajándolos en una perspectiva más global.

EL ENIGMA DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA. UNA TRANSICIÓN VIVIDA

Creo que en varios capítulos de este memorial se cuentan hechos menos conocidos, extraídos de documentos que obran en mi poder o que pude consultar con afán investigador. Entre ellos, no pocos datos de primera mano referentes a la democracia cristiana (DC) y a su evolución en las transiciones narradas. Llama la atención que, en un país de cultura tradicional cristiana, el proceso de transición a la democracia no haya producido un fuerte partido democristiano, como ocurrió tras los totalitarismos prébelicos en Alemania o Italia, por sólo poner dos ejemplos entre tantos otros posibles. Es este un pequeño enigma histórico que puede encontrar alguna aclaración, resumida en el capítulo 29 de este memorial, que contiene –a lo largo de todo él– tantas pistas y referencias al cómo y al porqué de esta singularidad histórica de la Transición española y a la sutil manera en la que, pese a todo, el factor democristiano, tintado y modulado a veces de centrismo, influyó en el contenido de la Constitución de 1978 y en la Transición democrática, como hecho relevante de la historia de España.

En todo caso, la historia que pueda encontrarse en este libro no lo será en el sentido académico o erudito, sino en el de historia *viva* y Transición *vivida*. Responde a lo que vi con mis ojos o conocí de primera mano. Se ajusta a lo que pensé o escribí en el momento sobre los acontecimientos. Hay en la narración un implícito «yo estuve allí» o «así lo viví yo». El lector podrá comprobar que hay ciertos capítulos personales y otros con proyección más generacional o de contexto general. En realidad, hay mezcla de ambos en todos ellos, pero en los úl-

timos predomina el componente colectivo. Mis narraciones nunca resultan sólo de cosas leídas, sino, a lo más, escuchadas de boca de protagonistas que me merecieron crédito. En todo caso, no presentaré un relato novelado de los que ahora tanto gustan, mezcla de realidad y adornos imaginarios de ficción para hacer más atractivo el producto. Será siempre historia interpretada, pasada por el tamiz de mi subjetividad; contada por un observador-participante en los hechos. Creo que la memoria, de la que tanto se habla ahora, es ante todo personal y familiar. Yo, al menos, me he limitado a narrar ciertos acontecimientos conforme a mi vivencia personal.

Es cierto que en toda existencia personal coexisten muchos «yos» o, como escribió Julián Marías, varias trayectorias sucesivas en el tiempo, incluso a veces entrecruzadas en un mismo periodo. Es claro que este libro no recoge sino una parte muy concreta de mi actividad: la que está relacionada con lo público. Y aun así, con el límite dicho del año 1978. Quede para mejor ocasión, si la hubiere, no poco de lo que ya tengo escrito sobre los años 1979 a 1982 y mi experiencia al frente de dos ministerios, sobre UCD, su positiva acción de gobierno, sus reformas o sobre su extinción, suceso muy intrigante, nunca mejor dicho. Y queden aún más reprimidas las ganas de rememorar el proceso de formación de una gran empresa –Repsol–, del que fui testigo cercano, dirigido por singulares presidentes. Nada de esto toca aquí. Tampoco asomará gran cosa del ámbito familiar y privado, ni de mi actividad académica, profesional, etc., salvo para ilustrar el hilo de mis propias transiciones. Mi vida no ha descansado, como es normal, sobre un solo punto o centro de gravedad. Nunca he sido persona adscrita a un gremio, con las ventajas e inconvenientes que eso comporta. Jurista, político y filósofo en dosis diferentes, según momentos, ganas y apariencias, no me identifiqué del todo con ninguno de esos grupos a los que pertenecía. Como consecuencia, he sido considerado, en ocasiones, filósofo entre los juristas, político entre los filósofos, y jurista entre los políticos. Algo de verdad habrá en ello, si así lo ven. Lo que sí resulta cierto es que nunca he sido afiliado de una sola cofradía.

Al repasar partes escritas hace más de treinta años, he visto, a veces, juicios demasiado tajantes, y hasta hirientes, hacia algunos de mis próximos, correligionarios o compañeros. He esperado a que los acontecimientos se distancien. Así, el curso del tiempo ha limado ciertas asperezas, ha producido cantos rodados sin aristas en el largo proceso de arrastre de las alturas al mar, que es el morir. Me ha hecho compren-

der que bastantes actitudes, que me irritaron mucho, no eran para tanto. No en vano escribió Georg W. Friedrich Hegel que el búho de Minerva alza el vuelo en el ocaso. Por ello, sin cambiar nada esencial, he procurado desterrar la ruindad y suavizar, con excipiente de ironía, algún humor y ciertas gotas (no muchas) de melancolía, los elementos de sabor más amargo. También he procurado zafarme de las jugarretas del ego ofendido o agradecido. Quizá no siempre lo he conseguido. Pero el posible lector queda avisado. Sepa también que, al final, me he inclinado más a la opinión expresada por Czeslaw Milosz en su discurso de recepción del premio Nobel:[6] «Creo que todos deberíamos reconocer públicamente nuestra deuda con ciertas personas, porque así definimos nuestra postura de forma mucho más contundente que pronunciando los nombres de aquellos a quienes desearíamos hacer llegar un no rotundo».

6. Czeslaw Milosz, «Discurso de recepción del premio Nobel», *Revista de Occidente*, nº 6, 1981, p. 146.